

EL BUEN CELO VIVIDO HOY EN NUESTROS MONASTERIOS

DE ÁFRICA DEL OESTE

Henriette Wendbala Kalmogo OSB

INTRODUCCIÓN

“ He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya hubiera prendido!” Lc 12,49

¿Cómo expresar todo mi agradecimiento a Sor Aquinata por su análisis tan esclarecedor? Nos introduce de entrada en el dinamismo de este capítulo-testamento de nuestro Padre San Benito donde sólo se habla de vida... Una vida para acoger, irradiar y transmitir... como una llama... para que siga ardiendo.

Generaciones de monjes y monjas se han dedicado a esa misión desde la generosidad de un amor apasionado hacia el único Dios. Gracias a ellos, seguimos hoy en este “sendero de vida” (RB Pról.20). Desde Europa hasta América, desde la inmensa Asia hasta Oceanía pasando por el corazón de los trópicos, de las sabanas y de los bosques de África, la regla de San Benito ha empujado al seguimiento del Evangelio de Jesucristo a hombres y mujeres buscadores de “la vida verdadera y eterna” (RB Pról.17). Para mis hermanas de Koumbi y para mí misma, esta Regla ha llegado a ser como una buena nueva; y el Capítulo 72, que es a la vez su corazón y su cumbre, nos ha sido ofrecido como un camino para los “sencillos principiantes” que somos (Cf. RB 73,8). Se nos abre para que nos adentremos en él a través de la acogida libre del encuentro con el Señor Jesucristo: un encuentro que ha de vivirse en lo cotidiano.

La presentación del texto, tan bellamente resaltado por sor Aquinata, nos hace intuir un gran movimiento, como un soplo potente que lo anima y lo sostiene todo a la vez. Su puesta en práctica se traduce como una búsqueda, una sed de felicidad. Para el discípulo de San Benito, se trata de dejarse tocar interiormente, de dejarse abrasar por un fuego: así, día tras día, el corazón ardiente se dilatará cada vez más bajo el calor de ese amor inefable (RB Pról.49)... ¡El fuego que Jesús vino a traer sobre la tierra y que estaba impaciente por ver arder!

Mi intención es compartir con ustedes algunas experiencias vividas en la práctica de este buen fuego, tal como se me ha pedido, y lo haré desde un contexto y un espacio cultural concretos: los de unas comunidades relativamente jóvenes, nacidas del tronco de una larga y venerable tradición. Su implantación en nuevas tierras ha revelado cómo se habían preparado misteriosamente a dar ese paso. Convendría, pues, echar una mirada aunque sea muy rápida sobre nuestras raíces: encontraremos en ello una ilustración del Buen Celo. Después nos dedicaremos a estos monasterios de hoy fundados sobre aquellas raíces: la herencia de ayer, tanto monástica como cultural, ha sido puesta a prueba, se enfrenta con las corrientes más diversas y se encuentra ante grandes retos. Esta parte de nuestra exposición será la más amplia. Finalmente, nos preguntaremos qué práctica podemos intuir para el futuro. Un futuro que, como ya está pasando hoy, no puede concebirse sin tener en cuenta el gran pluralismo de la sociedad y sus nuevas preocupaciones.

Mi exposición desarrollará estos tres puntos:

- I- Ayer, el buen celo que ha animado a nuestras fundadoras.
- II- Hoy, la práctica del buen celo en nuestros monasterios.
- III- Mañana, como ayer y hoy, “no anteponer nada al amor de Cristo”.

I – Ayer, el buen celo que ha animado a nuestras fundadoras

La historia de una fundación monástica, cualquiera que sea el lugar, la época o las circunstancias de su concepción y nacimiento, se enraíza en una historia de amor y de pasión. Marchar, salir de sí y “salir de su tierra y de su parentela” (Gn 12,1) para compartir la vida que se lleva dentro, encender un hogar nuevo para el Señor, amado por encima de todo... ¿Acaso no es el amor de Cristo el que se adueña de nosotros y nos empuja hacia delante? (2 Cor 5,14) ¿Acaso no es aquel fervor de caridad que enardece y consume el corazón?

Los años de implantación, para todos nuestros monasterios de África del Oeste francófona, fueron años heroicos marcados por el sello del sacrificio e incluso del sufrimiento. En el plano socio-político fue el momento del auge de las independencias; en el aspecto socio-económico, el de los tanteos en la búsqueda de un equilibrio difícil de encontrar. Todavía hoy en la República Democrática del Congo, en el Norte de Togo o en Guinea Conakry, las jóvenes fundaciones se enfrentan a la misma lucha: puede que haya cambiado el contexto, pero los retos son los mismos.

La Abadía de Valognes, a la que nuestro monasterio de Koubri (en Burkina Faso) debe su existencia, ha sido fundada en el siglo XVII para ser un lugar de intercesión y de súplica en favor de una familia.

A pesar de haber sido en varias ocasiones víctima de la Revolución francesa y de los reveses y las vicisitudes de la historia, la comunidad nunca se extinguió. Las monjas, echadas de su casa, siempre encontraron algún modo para cantar el Oficio Divino en secreto, en pequeños grupos reunidos de modo informal en la clandestinidad, o reunidas en refugios precarios, viviendo en una gran pobreza. El sufrimiento llegó a su cumbre al final de la segunda guerra mundial cuando la abadía vio derrumbarse gran parte de sus edificios a causa de los bombardeos que precedieron a la liberación de Francia. Valognes está emplazado en la punta de la región de Normandía, que se abre hacia el Atlántico. Extenuado, pero convencido de su supervivencia, el viejo convento encontró todavía fuerzas –las que se fraguan en la humildad del amor- para ir a pedir ayuda a la muy floreciente Abadía de Dourgne, rebotante de vida, en el extremo sur de Francia. La venerada fundadora, Marie Cronier, había muerto tan sólo unos veinte años antes; el fervor de los inicios se contagiaba... y la generosidad de los corazones ardientes no se hizo de rogar. “Nadie buscará lo que juzgue útil para sí mismo, sino para los demás” (RB 72,7). Un grupo de siete monjas se marchó para apoyar al monasterio de Normandía. Una de ellas fue elegida y bendecida como abadesa poco tiempo después y otras dos figuran entre las fundadoras de Koubri, unos diez años más tarde. Valognes contaba entonces con 42 monjas; en el momento de renunciar a su cargo, la Superiora de la comunidad había ofrecido su sacrificio al Señor, pidiéndole a cambio “unas 42 jóvenes africanas”... La idea de una fundación estaba lejos de todas, después de aquel periodo de escasez... ¿Acaso pudo imaginarse Madre Anne-Marie que el Señor la tomaría casi al pie de la letra? Ella había elegido no anteponer nada a la vida.

Este amor apasionado devoraba su y lo inflamaba del deseo de dar la vida precisamente en el momento en que ella más necesitaba recibirla: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere...” (Jn 12,24).

Y he aquí que, unos años más tarde, resuena la llamada vibrante del Vaticano II, exhortando a los monjes y monjas de Europa a compartir su experiencia más allá de sus fronteras, en beneficio de las jóvenes cristiandades de África.

Para una comunidad, tomar la decisión de fundar supone morir un poco. Tanto los miembros enviados como los que quedan son llamados a un mismo sacrificio de ofrenda para engendrar vida. Las hermanas que quedan ofrecen su adhesión a la voluntad de Dios, desde la discreción, el silencio y la plegaria de cada día; su tesón es necesario para las que marchan. Y aquellas ofrecen su renuncia a la seguridad y al calor de la estabilidad del monasterio en que profesaron. Tanto unas como otras renuevan su “sí” al Señor, a cuyo servicio lo anteponen todo.

¡Cuánto fervor de caridad necesitó la comunidad de Valognes para confiar y responder a la llamada de aquel obispo africano. Mons. Paul Zoungana era un auténtico apóstol que ardía por dentro de celo por el Señor! Estaba convencido de que la presencia de las hijas de San Benito daría el sólido fundamento que aquella Iglesia necesitaba, en ese país de misión que en aquel tiempo se llamaba Alto-Volta.

¡Y cuánto valor necesitaron aquellas cinco monjas elegidas para marchar, sin saber lo que iban a encontrar! Se marcharon, renunciando a una comunidad amada, numerosa, fuerte y unida. Hoy, con 77 años, una de ellas recuerda cómo siguió la estrella de su vocación: “He vivido mi infancia en el amplio y solitario paisaje de la pampa argentina, en el seno de un cálido ambiente familiar. Aquel marco natural tan maravilloso y bello me hizo presentir desde pequeña la sublime grandeza de Aquel que era su autor. Ya intuía la infinita gratuidad de sus dones y me decía que no se le podía negar nada; que, al contrario, valdría la pena dejarlo todo para seguirle toda mi vida”. No sabía que aquella decisión la llevaría a renunciar no sólo a su espléndida Argentina natal, sino también, más adelante, a sus raíces familiares en Francia. Aquel segundo desprendimiento conllevaba también el doble sacrificio de dejar a la comunidad que había recibido su profesión (Dourgne) y a la comunidad en que, por obediencia, había transferido su estabilidad (Valognes).

Con las otras cuatro monjas designadas para la fundación, entre las cuales estaba la más joven de sus hermanas de sangre que había ingresado también en Dourgne, y había sido enviada a Valognes con ella, se marcharon “apremiadas por el amor de Cristo”, a quien no querían anteponer nada. En la fe, con la fuerza que da la obediencia, han intentado transmitir a su vez aquella llama de la vida monástica que habían recibido de las generaciones anteriores, y que iba a prender bajo otros cielos y para otras generaciones. Con tesón, se enfrentaron a las dificultades climáticas, a la austeridad de la naturaleza y a la pobreza que les rodeaba. No temieron sumergirse en una cultura distinta porque se pusieron a amar a aquella tierra que iba a llegar a ser la suya. Sin embargo no habían faltado las advertencias desalentadoras: “Nunca podrán sacar nada de aquel pueblo, de aquel país enclavado y árido, en los confines del Sahel del Oeste africano.”

Han sembrado en la fe y, he aquí que las primeras vocaciones no tardan en presentarse. Era como si ya se hubiese dado de alguna forma una silenciosa espera y una misteriosa preparación. ¡Quizás la misma dureza de las condiciones de existencia había favorecido un temperamento apto a acoger las exigencias de la vida monástica!...

¿Qué expectativas se daban?

Para la Iglesia de este país, acoger a unas “mujeres de Dios” era una bendición. Sin salir de su claustro, habían llenado con naturalidad un vacío que hasta entonces había existido. Se sentía la necesidad de complementar el trabajo de la expansión de la Buena Nueva de salvación con una vida de plegaria, en la renuncia y la caridad.

El alma africana, en general, es especialmente sensible a los auténticos valores que son la vida y la relación con Dios en la oración. Es muy sensible también a los fundamentos de la familia tradicional que son la solidaridad y el respeto hacia los demás, la apertura y el sentido de la acogida. A los ojos de los hombres y mujeres que viven en aquellas regiones de África del Oeste, una vida en comunidad que promueve y encarna esos valores, habla de la primacía de Dios a la vez que subraya la precariedad de las realidades y de los bienes de este mundo.

En los pueblos cercanos a Koumbri, que acogían con entusiasmo aquella nueva forma de vida religiosa, el hecho de vivir en armonía con Dios y con el grupo familiar o la comunidad vecinal se percibe como una necesidad vital. Así nos lo expresaba un vecino que se acercó a la portería. La escucha del otro, especialmente del anciano y de los mayores, es un rasgo de sabiduría que se inculca en la educación tradicional. El respeto empieza con esta escucha, antes de expresarse en el lenguaje y en el comportamiento. Incluye la sumisión, como temor reverencial hacia el grupo y hacia Dios. Con el dominio de sí, la paciencia es lo propio de aquel que respeta a su semejante y que sabe crear, a través del tiempo, un espacio para que nazca el bien en lo hondo del corazón del otro.

Para funcionar normalmente un grupo necesita en su seno una persona que le sirva de referencia. No tiene que ser la más cualificada, pero sí la que, a modo de un guía, asegure la cohesión del grupo y despierte el sentido del patrimonio común, tanto material como moral o espiritual. Me llenó de dicha volver a encontrar en Kenya, en Nairobi, el sentido de la armonía del grupo familiar y la necesidad de la reconciliación en la sociedad tradicional africana. Durante una tarde de distensión, las hermanas más jóvenes de la tan querida comunidad de Karen, donde tenía lugar el encuentro de la CIB, habían escenificado primero cómo se sancionaba la insumisión y un ataque grave a la integridad moral del grupo y, en una segunda escena, cómo se gestionaban los conflictos y se llegaba a la reconciliación entre los clanes en un pueblo. No es ninguna temeridad afirmar que el fondo cultural tradicional presente en Burkina y en otras partes de África del Oeste, se encuentra también en varias otras zonas culturales del continente. Actualmente el sistema tradicional se está tambaleando y padece la presión de otras culturas y de la mundialización. Sin embargo, podemos afirmar que los consejos de San Benito encuentran un eco muy favorable en el corazón y la mentalidad de los/as africanos/as que llaman a la puerta de los monasterios buscando vivir para Dios en una comunidad fraterna.

Acerquémonos ahora a algunos de nuestros monasterios de África del Oeste. Quisiera señalar que lo dicho antes de la fundación de Koubri podría aplicarse, cambiando algunos detalles, a la casi totalidad de las fundaciones más o menos recientes.

II Hoy: el buen celo vivido en nuestros monasterios de África del Oeste

Esta parte quiere ser ante todo una manera de compartir experiencias y testimonios: experiencias vividas que pueden traducir la práctica del buen celo en los monasterios de África del Oeste en su conjunto y en mi monasterio de Nuestra Señora de Koubri en particular.

Las primeras generaciones africanas

Hace ya algunos años una novicia escribió a su maestra de novicias: “quiero vivir sinceramente, amorosamente, la vida monástica tal como se nos enseña. Quiero orar mucho, implorando al Espíritu Santo pues es Él quien construye y dirige toda vida”.

Se le había dicho –y ella lo había captado- que la Regla de San Benito, en varios aspectos, estaba en plena consonancia con nuestra sabiduría tradicional. Pero enseguida había entendido que la herencia cultural de la que uno puede alegrarse con todo derecho, corre sin embargo el peligro de agotarse sin la fuerza del Espíritu Santo. Es Él quien purifica y da cumplimiento, es Él quien nos abre al mandato nuevo del Evangelio “Nadie buscará lo que es útil para sí, sino más bien para los demás”. (RB 72,7) Sólo el Espíritu de Jesús puede inspirar y dar cumplimiento a ese amor de caridad que va más allá y supera el mero mantenimiento del equilibrio de un grupo humano o la práctica de la solidaridad entre los miembros de una misma familia. Lo que crea o permite el afecto natural “entre hermanos y hermanas de una misma familia” (RB 72,8) ya es algo grande y bello. También podemos encontrar testimonios de un gran desprendimiento y gestos de magnanimidad en la sociedad tradicional. Pero el estilo del reino que nos enseña San Benito nos pide ir todavía más allá. El ardor de la caridad derramada en nuestro corazón por el espíritu Santo es quien puede impulsarnos a entregarnos hasta la muerte para ayudar y hacer crecer a los demás. Esta misma caridad es la que ha de arder en el corazón de todo bautizado. Precisamente la comunidad benedictina hace de ello su razón de existir, su misión específica y la prueba de su vínculo primordial a Cristo. Es Cristo quien nos ayuda a amar en comunidad. En Él descubrimos a Dios como nuestro Padre y a las demás como hermanas. Dios y la Regla son un bien común que nos permite vivir como hermanas, siendo de etnias y de países distintos.

Las primeras generaciones de africanas tuvieron el mérito de empezar a comprometerse por el camino que habían abierto las fundadoras. Después tuvieron el mérito de perseverar como las fundadoras. Ellas también se encontraron con contradicciones, dudas y ataques de todo tipo... Pues, aunque en conjunto la cristiandad manifestaba su admiración y aprecio hacia aquella nueva forma de vida

consagrada, ya era otro cantar y las reacciones eran más moderadas, por no decir reticentes y a veces hostiles cuando se trataba para una familia de dejar marcharse a una joven hacia una de esas "Casas de oración" de la que no iba poder salir casi nunca.

Nuestras mayores africanas tuvieron también el mérito de apoyar el impulso y el coraje de las fundadoras francesas, en un proceso de acercamiento mutuo, cuando las diferencias culturales podían suscitar incomprendiones y frenar la marcha hacia delante. Una de nuestras fundadoras que todavía hoy está en Koubri evoca así aquellos primeros años: " En este difícil trabajo de la implantación de la vida monástica y de su inculturación en el contexto africano, toda la comunidad, tanto las fundadoras como las recién llegadas, tenía que ponerse a la escucha del Espíritu Santo. Sólo Él podía ayudarnos a discernir los signos de una verdadera vocación monástica, las piedras de toque de la cultura local y los riesgos de desviación. Como en toda vida de seguimiento de Cristo, teníamos que pasar por la muerte para acceder a la Resurrección y a la Vida. ¡Cuántas veces en las reuniones o en los Consejos llegábamos a callejones sin salida! La Madre Abadesa de Valognes que había querido y realizado la fundación, solía decir: " Hay que dar un paso al frente cuando el Señor muestra el destello de luz donde podemos poner el pie" En aquellos momentos, nos animaba decirnos " Si el Señor lo quiere, saldrá adelante..." Y mientras tanto ellas seguían sembrando...

Finalmente nuestras primeras hermanas africanas tuvieron también la pesada y a la vez gozosa responsabilidad de acoger a las jóvenes hermanas. Tuvieron un rol de hermanas mayores y también pudieron hacer de puente, aconsejando a las fundadoras. De repente se vieron llamadas a ayudar a crecer a otras hermanas hacia el Señor y para Él, llamadas ahora a su vez a transmitirles lo que ellas mismas habían recibido.

Patrimonio de la cultura local y patrimonio benedictino

En 1995, se llevo a cabo una reflexión en las comunidades de África del Oeste sobre los valores monásticos recibidos en nuestros monasterios. Nos pareció entonces que, entre los valores heredados de nuestras raíces monásticas, algunos han sido especialmente bien acogidos y su práctica ha sido una fuente de dinamismo para nuestras comunidades.

Así la búsqueda de lo Absoluto (deseo y búsqueda de sólo Dios), la celebración del Oficio divino, la vida fraterna y comunitaria, la hospitalidad y el trabajo bien hecho y un cierto sentido de la pobreza. Es fácil comprender que la asimilación de esos valores se debe en gran parte a los valores de la herencia cultural africana que, al estar perfectamente en sintonía con las consignas de RB 72, apoyan nuestra práctica del buen celo con sus límites y sus luchas, sus sombras y sus noches.

Detengámonos sobre algunos de estos valores:

-Deseo de Dios o búsqueda del absoluto.

-“Puede haber en el corazón un buen celo que aleja de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna”RB 72,2

-“Temerán a Dios con amor” RB 72,9

-“No antepondrán absolutamente nada a Cristo” 72,11

A menudo es la sed de vivir sólo para Dios la que atrae a la joven africana a la vida monástica benedictina: pero querer vivir para Dios implica la determinación a convertirse. Lógicamente, hay que poner en obra todos los medios para permitir que esta búsqueda de Dios se vea apoyada, respetada y cuidada: silencio y soledad, días de retiro individual, tiempo de lectio y de oración etc... y todo lo que favorece la vida interior, lo que estimula el buen celo para la celebración de la liturgia.

En Koubri, al principio de cada año, recitamos comunitariamente con fervor y emoción una oración compuesta cuando nació la fundación y que está adaptada para la actualidad:

“Que cada uno de los miembros de esta comunidad se vea impulsado a poner como fundamento la vida interior, la caridad, la confianza total en Dios, la confianza mutua, sin egocentrismo. Sólo desde una unión cada vez más íntima con Dios y una unión fraterna sencilla y sólida, la comunidad podrá encontrar la fuerza, la paz y el gozo...”

Pero a veces ocurre que, a pesar del claro deseo de vivir para Dios y de ir cultivando los medios para ello, el fervor se va enfriando. Se empieza recortando un poco el tiempo de la lectio y de la oración para dejarse acaparar por una sobrecarga de actividades cuya necesidad puede ser real o subjetiva; el sentido de la ascesis y el gusto por ella se van debilitando y la sobriedad ya no resulta tan atrayente. Se va instalando la acedia, en oposición al buen celo. Y poco a poco los demás valores de la interioridad -discreción, estabilidad, clausura, empiezan a orillarse.

Es cierto que esta situación de desorden puede atribuirse a la influencia de la sociedad y de las técnicas modernas que ponen a nuestro alcance los nuevos medios de comunicación, de formación y de información: ahora, se puede ir más deprisa, se pueden adquirir más cosas, pero a la vez puede degenerar en más agitación y más ruido por dentro y por fuera.

Y entonces... ¿qué ha pasado con aquel deseo de Dios y esa atracción hacia el absoluto que se aunaban con una vida de plegaria armoniosa? ¿De dónde viene que este equilibrio se vea desestabilizado por los efectos perversos de la modernidad? ¿Cómo permanecer fieles a nuestros compromisos sin dejar de hacer uso de lo mejor de nuestra época? Tenemos que cuestionarnos humildemente y enfrentarnos con estos nuevos retos, incluso si presentimos que no está a nuestro alcance ninguna solución definitiva.

- Segundo valor privilegiado en nuestros monasterios

La vida comunitaria de tipo familiar

Espíritu de familia y sentido de los vínculos familiares, respeto hacia las costumbres establecidas y hacia la autoridad y los mayores... estos rasgos pertenecen al bagaje cultural que traemos al ingresar en el monasterio.

San Benito nos dice:

“Que cada uno se anticipe en mostrar su respeto hacia su hermano” RB 72,4

“Se obedecerán mutuamente” RB 72, 6

Respeto hacia el otro, caridad que se traduce en un servicio humilde y discreto... Ahí está la entraña de la vida de las hermanas en la comunidad. Varios de nuestros monasterios han guardado los gestos y actitudes concretas que propone San Benito y han añadido algunas otras: saludo matinal con una inclinación de cabeza cuando nos encontramos por primera vez; satisfacción y saludo a las vecinas de coro cuando se llega tarde al oficio divino. Levantarse para dejar el sitio a una mayor, saludo a la responsable de un taller (no necesariamente la de mayor edad) cuando se llega a trabajar, no salir sin avisar con un signo, gesto o palabra de disculpa. Se pide la bendición cuando se tiene que salir fuera del monasterio o cuando se emprende un trabajo especial.

El respeto mutuo del otro y la caridad discreta se expresan también en el apoyo mutuo y la disposición a compartir las cargas unas de otras: gestos de compasión y de cercanía en los momentos de prueba, de duelo en la familia (se comparten la oración y las intenciones en la plegaria, la comunidad nos acompaña y nos sostiene), ayuda mutua en los trabajos.

“Vivirán entre ellos un amor sin egoísmo” RB 72, 8.

El respeto y la caridad se traducen igualmente por una preocupación real en nuestras reuniones semanales – es uno de los puntos fuertes de nuestra comunidad- para que todas puedan expresarse, incluso aquellas a quienes les resulta más difícil, y para que se sientan de verdad escuchadas por todas. Podemos decir que RB 72 es una invitación a que cada una tenga su sitio en la comunidad, con su temperamento, sus debilidades... incluso con grandes debilidades. El movimiento hacia unas relaciones horizontales iniciado en Europa después del Concilio ha cuajado enseguida en Koubri y tiene un papel importante en la vida fraterna. Una de las últimas exhortaciones de Madre Marie, nuestra fundadora y primera Priora, durante una reunión comunitaria, fue para animarnos a vivir desde la confianza mutua: “Que cada una mire con benevolencia lo que hace la otra en su trabajo, que tengamos un corazón bondadoso unas para otras”.

Otra comunidad expresa así su experiencia: las reuniones de comunidad son constructivas. En ellas tenemos ocasión de practicar la obediencia mutua. Por ejemplo, dar su acuerdo en las decisiones tomadas por la comunidad y después defender aquellas decisiones con relación al exterior, incluso si no coinciden con lo que nos hubiera parecido mejor, es una forma de acatar las reglas de juego comunitarias.

También tenemos que aguantar las debilidades... ajenas y propias. Intentar por ejemplo respetar a una hermana que está de mal humor, hacerse cargo del carácter de cada una sin ponerla en evidencia en público... Eso también es una forma de sobrellevar la debilidad ajena en unión con Cristo que lleva sobre sus hombros el pecado del mundo. A menudo se trata de vivir el olvido de sí desde una gran paciencia mutua.

“Aguantarán sus debilidades con suma paciencia...”RB 72,5

Una comunidad que camina es ante todo una comunidad que sabe vivir la reconciliación. Como en la mayor parte de los monasterios benedictinos, el capítulo de culpas, donde se reconocen las propias faltas ante las hermanas, es el espacio más claro de nuestra reconciliación comunitaria. En muchos sitios, se está intentando periódicamente buscar como renovar las formas del capítulo de culpas para que siga siendo un espacio para el crecimiento personal y la construcción comunitaria. En un sitio, se hace una revisión de vida a intervalos fijos, en otros encuentros donde se comparte la palabra y la reconciliación; en otro sitio hay reuniones de oración por pequeños grupos... En Koubri hemos instaurado hace un año un capítulo de “promoción fraterna” y de acción de gracias comunitaria: una vez al mes, durante una reunión comunitaria en la que participa también el noviciado, compartimos las gracias recibidas y los signos de crecimiento que hemos captado en la comunidad... Vivida con autenticidad y con apertura a las demás, esta práctica mejora realmente la calidad de la vida fraterna y afina el sentido de la reconciliación. La benevolencia y la estima mutua son generadoras de confianza y de vida. “Cuando tengo un gesto de bondad hacia una hermana, me conduce a Dios; y cuando intento mirar más el lado bueno de la gente y de los acontecimientos, me resulta más fácil relativizar lo negativo” escribía una hermana joven. ¿Acaso la práctica del buen celo no nos quiere conducir a esta continua superación y crecimiento? Amar siempre y siempre más... ya que la caridad no tiene medida.

Frente a este valor de la vida comunitaria, las piedras de tropiezo, para la mayor parte de nuestras comunidades, son numerosas: la vida fraterna sigue siendo el terreno de la lucha cotidiana. Los retos son múltiples y no faltan los obstáculos. Se dan dificultades en la comunicación, vinculadas a veces a diferencias generacionales, rivalidad, sed de poder, falta de escucha y de acogida mutua; un desproporcionado espíritu de independencia se resiste a todo control; la falta de humildad conduce a justificaciones inacabables, incluso a la murmuración continua... esos son los males que se derivan de la búsqueda de uno mismo y paralizan la vida fraterna.

El único remedio a ese profundo mal, fruto del orgullo y del egoísmo, es la conversión. Conversión de cada una en la intimidad de su corazón para creer de nuevo en el amor que procede de Dios solo. “Orar con nuestros actos, según la expresión de una de las hermanas: y para ello necesitamos reavivar nuestra fe en la presencia de Dios a nuestro lado, en lo cotidiano, donde Él se deja buscar y encontrar. Para no caer en un espíritu demasiado independiente, el trabajo acogido y realizado con la

disponibilidad y obediencia de un corazón que ama, el servicio mutuo gratuito en el que no se desliza el deseo de sentirse el centro, todas esas actitudes son las ramitas que van alimentando la hoguera del “No anteponer nada a Cristo”. Se trata de crear continuamente nuevas expresiones del amor y aprender a utilizarlas para nosotras mismas y para los que vienen a nuestro encuentro.

IV- MAÑANA COMO AYER Y HOY

“No antepondrán nada absolutamente a Cristo” RB 72,11

Caída del Imperio romano e invasiones de los bárbaros en los siglos VI y VII, Revolución francesa y luchas políticas desde el siglo XVII hasta el XIX, múltiples conflictos en todos los países después de las dos guerras mundiales del siglo XX: así es la Historia; una historia que nos dice que la Vida monástica benedictina ha nacido, se ha desarrollado y a sobrevivido siempre en medio de los disturbios, persecuciones y conflictos de todo tipo.

Hoy es el mismo contexto el que sale al paso de la Regla de San Benito en el mundo y también en la Iglesia en el corazón del mundo. Nuestra África a menudo expuesta a las corrientes más antagonicas está enferma: enferma de sus propias contradicciones, enferma de tantas luchas, violencias, conflictos inter-étnicos, etc... Agotada, intenta con dificultad gestionar las interminables sacudidas que le imponen tantos males. Busca un nuevo aliento y una nueva unidad.

Es precisamente en medio de este oscuro panorama donde los hijos e hijas de San Benito han de anunciar la vida y mantener la esperanza, como hicieron en el pasado en Europa y en otras partes. La mayor parte de nuestros monasterios está en una fase de desarrollo, incluso aunque el ritmo de crecimiento parezca lento y algunas veces imperceptible. En contados casos, hay algunas comunidades que han sucumbido a las penalidades o están estancados en países ya minados por la guerra o por luchas diversas. Ahí donde las comunidades monásticas no han logrado sobrevivir, cabe preguntarse si no estaban ya socavadas desde dentro por dificultades en la vida comunitaria y fraterna, dejando así brechas en que, llegado el momento, pudo infiltrarse el veneno mortal de la división y de la violencia. Entonces se abrió paso a todos los gérmenes de este celo amargo que aleja de Dios y separa de los demás: intolerancia, lucha por el poder y celos, desprecio, exclusión... De esta forma llegó la noche, la oscuridad del fracaso, que puede asemejarse a una especie de muerte.

Pero, para quienes creemos en Jesucristo ¿acaso no ha brotado la vida de la muerte? Él ha tomado sobre sí el mal del mundo y ha muerto llevando sobre sus hombros el pecado del mundo y, al convertirse en Crucificado, ha transformado nuestras muertes en vida. Estamos pues llamados, incluso en nuestros fracasos más hondos, a creer siempre en la Vida y en el Amor... como nuestros predecesores que nos transmitieron la antorcha. Pero la fe es un don de Dios que se acoge desde la libertad de un corazón abierto y sediento. Todo puede empezar de nuevo si aceptamos cada vez reemprender el “sendero de vida”, haciendo de nuestras heridas ofrecidas un espacio de reconciliación. Para San Benito, las armas del retorno a la vida son en primer lugar las de la Obediencia: unas armas llenas de fortaleza y de nobleza. La obediencia es propia de quienes “nada estiman más que a Cristo” (RB 5,2) y conviene a quien “no busca lo que le parece útil para sí, sino más bien lo que lo sea para los otros” (RB 72,7).

Si vivimos con la determinación de seguir a Dios y de servir al prójimo, siempre se harán presentes la misericordia y la voluntad de que los demás crezcan, se reencontrará el camino de la reconciliación y se volverá a encender el deseo de la unidad: la comunidad puede reemprender su camino y volver a la vida desde la paz y el gozo; y seguirá en pie en la medida en que cada uno de los miembros esté siempre dispuesto a vivir la renuncia a sí mismo y a darse a los demás. Sólo la plegaria de adoración en un diálogo constante con el Señor puede conducirnos a ello (Cf. más arriba: la oración de la fundadora de Koubri). El Monasterio es la Casa de Dios, nos recordaba una hermana. ¡Esta Casa no me pertenece! Todavía más: lo que veo en mis hermanas puede ayudarme en mi conversión: la sonrisa de una, la disponibilidad de otra que dice “sí” enseguida; una hermana que está

haciendo oración en la Iglesia, otra que trabaja en silencio... son estímulos para reemprender el camino del buen celo que conduce a Dios y a la vida con Él para siempre.

En Kigali, en noviembre de 1992, los religiosos y religiosas de África francófona se habían definido a sí mismos como “portadores de esperanza para África”. Desde 1992 ha tenido lugar la tragedia de Rwanda y de la región de los Grandes Lagos, y la pasión de nuestras hermanas de Sovu; la guerra en la República del Congo ha obligado a marcharse a nuestros hermanos y hermanas de la Bouenza. También en otros lugares de África se han vivido dramas. En el escenario internacional, todos recordamos los terribles acontecimientos del 11 de septiembre en EE.UU. Hoy como ayer, los hijos e hijas de San Benito están llamados a proclamar la Vida y a promover la Paz, y ello más allá de su monasterio y mucho más allá de las fronteras de su país de implantación. Hoy como ayer, y quizás mañana todavía más que hoy, el destino de cada uno depende del destino de todos... y podemos tener el sentimiento de que nuestra humanidad está llamada cada vez más a apiñarse y a unirse en un planeta que parece cada vez más pequeño. ¿Cómo no pensar en la visión de San Benito al final de su vida sobre la tierra: “Contempló todo el universo en el destello de un rayo de luz”?... El universo de los hombres y de las cosas, llamados a conocer la Paz, la Luz y la Vida verdadera.

El ser humano necesita amor para vivir. Amor y nada más que amor que se sacrifica y se entrega. “Nadie buscará lo que le parece útil para sí, sino más bien lo que lo sea para los otros” (RB 72,7). Como ayer y como hoy, mañana nuestros monasterios tendrán que ofrecer al mundo aquello que siempre más ha necesitado: la esperanza que sabe afirmar que la paz es posible, con tal de que se la reciba como un don de Dios, a la vez que se la “busca y se la persigue con todo el afán” (RB Pról.17) (cf.Ps 33,15).

“El ideal monástico tal como ha sido vivido desde el principio en tierra africana es el de una vida humilde y oculta, totalmente orientada hacia la búsqueda de Dios. Apuntando a la realización perfecta de la caridad evangélica, desde una efectiva separación del mundo y una vida en común de hermanos, “con un solo corazón y una sola alma”, el monasterio será un testimonio de las exigencias del reino de Dios y de su presencia entre los hombres” (Jean Leclercq en 1964 en Bouaké). Casa de Dios, amado y adorado, casa de hermanos y hermanas que arden con el buen fuego que “conduce a Dios y a la vida con Él para siempre” (RB 72,12), llamados a ser testigos de la caridad de Cristo “para que muchos crean en el amor” (Cf. Jn, 1) y que “en todo lugar, Dios sea glorificado” (RB 57 y 1Pe 4,11).

A MODO DE CONCLUSIÓN

“Que nos lleve a todos juntos, en comunidad, a la vida con Él para siempre” RB 72,12

El amor es el fundamento de todo: he aquí lo que nos repite incansablemente el capítulo 72 de la Regla de Nuestro Padre San Benito. Ante las exigencias de la caridad, siempre somos débiles y nuestra práctica es pobre; pero Cristo en persona nos congrega y nos une. Sólo en Él y por Él podemos amar a nuestras hermanas y, a través de ellas, a todos los hombres, salvados y reconciliados por la sangre de su Cruz.

Una de las hermanas jóvenes de la comunidad a la que preguntaba cómo entendía ella y vivía personalmente el buen celo, me escribía lo que sigue: “Cada día que el Señor me da, procuro pasarlo amando, ejecutando mi trabajo cuidadosamente. Me doy prisas para acabarlo y ser puntual. Intento entregarme a la comunidad de buen grado y estar abierta a mis hermanas”. Todo pasa, nos decía un día nuestra maestra de novicias, pero el amor con el que realizáis las actividades del día permanece hasta la eternidad.

ELEMENTOS DE BIBLIOGRAFÍA

- ? Testimonios recogidos en los monasterios de África del Oeste
- ? Revista “Pentecôte d’Afrique”, nº 18 (Diciembre 94) y 20 (Enero95)
- ? Revista “Renaissance de Fleury”, nº 198 (junio 2001): Monasterios en tierras de África
- ? Petits Traités Spirituels: La vie en communauté – P. Bernard Ducruet
- ? Revista “Vie consacrée”, marzo 1979: un artículo de Jean Vanier

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Puede Ud. compartir un acontecimiento fundacional (o hablar de una persona) que haya marcado la historia (pasada o reciente) de su comunidad y que le haya impulsado en la práctica del buen celo?
2. A.- ¿Qué hace Ud. en concreto para estimular la práctica del buen celo en su comunidad (uno o dos ejemplos)?

B.- En su práctica actual del buen celo ¿Cuál es la consigna con la que Ud. tiene mayor dificultad?
3. ¿ Ha notado Ud. alguna vez en su comunidad un debilitamiento del celo, entre hermanas que habían mostrado mucho celo al principio de su vida monástica?
¿Cuál puede ser la causa? ¿Cómo remediar la situación?
4. ¿Qué tendría ganas de decir Ud. a su comunidad para definir la orientación que ha de darse en la práctica del buen celo de ahora en adelante?